

Francia puede prescindir de ese favor mucho mejor que los papas del afecto y del respeto del rey y de su reino, el cual, en todo tiempo y muy especialmente en el actual, es indiscutiblemente el principal polo en torno del que giran todos los intereses de la cristiandad y de todos sus príncipes.»

Esa declaración está en una instrucción dada en 1662, «para caso de cónclave,» al duque de Crequi embajador en Roma. El rey aparenta indiferencia respecto de la elección, cuya dirección quiere dejar, dice, «al Espíritu Santo;» pero bien sabe que un cónclave no busca su inspiración tan en lo alto: «Es evidente que las dos terceras partes del colegio no tienen en consideración más que su propio interés ó su pasión particular á favorecer á aquel de quien mayor bien esperan.» Luis XIV tenía sobre el papa, lo mismo que sobre el emperador, la ventaja de que su dignidad procedía de la gracia de Dios, sin intermediarios corruptibles; nadie lo había elegido más que Dios, de tiempo inmemorial.

Ajustadas de este modo las cuentas al papa y al emperador, el rey de Francia se reconoce sin par en la cristiandad; su corona es «la primera;» él es «el primero de los reyes, que puede dar el ejemplo á los demás y no está obligado á seguir el de los otros, si no quiere.» Es también «el primer móvil de todos los Estados cristianos,» y en su consecuencia no sufre que su nombre vaya unido al de otro rey en las fórmulas como: «Sus Majestades los reyes de...» porque de ello pudiera deducirse «una igualdad que no existe.» Sus embajadores son mensajeros de orgullo; así, el duque de Crequi tiene orden de hacer resplandecer en aquel lugar de Roma, «el más expuesto á la vista de todas las demás naciones...» la grandeza y la fuerza de la primera corona de la cristiandad.» Y para enseñar á toda Europa el respeto debido á sus representantes, Luis XIV, en los primeros años de su gobierno, dará repetidas y duras lecciones al rey de España y al papa.

Parece que con los príncipes modestos habría podido, sin mengua de su dignidad, no prevalerse tanto de «las prerrogativas de su corona,» y en efecto tuvo á bien, en una ocasión, continuar una negociación con el elector de Brandeburgo, á pesar de haberse éste negado á prometer «la mano derecha» al ministro que él quería enviarle; como el tratado que proyectaba había de serle ventajoso, recurrió al expediente de enviar á Berlín un agente de menor categoría que no podía aspirar á aquella mano. Pero luego aparenta disculparse con su hijo de aquella condescendencia, diciendo: «Quizás es conveniente, á la altura en que nos hallamos, despreciar por motivos nobles lo que por debajo de nosotros sucede;» ó bien se jacta de ello como de un acto magnánimo: «Hay pocas cosas que puedan resistir al que puede vencerse á sí mismo.» Cuenta entre sus aliados al gran duque de Toscana, cuyo hijo se ha casado con una princesa de la sangre; pero ello no le impide prohibir al duque de Crequi que pase por Florencia, puesto que los príncipes de Italia han «usurpado á sus embajadores el honor de la mano derecha que tenían costumbre de darles,» y «desde que Su Majestad se ha hecho exclusivamente cargo de la dirección de su Estado, cuéstate trabajo tolerar la continuación de un abuso que, de algunos años á esta parte, se ha introducido en perjuicio de la dignidad de esta corona.» Deci-

dió que la «patrona» de sus galeras y sus buques almirantes serían los primeros saludados en puertos no pertenecientes á testas coronadas, cuando antes «el mar solía saludar primero á la tierra.» Saboya, Génova, Florencia y Malta reclamaron, y el rey dió satisfacción á Génova y á Saboya, pero no á Toscana, cuyo gran duque «se sometió, aunque con gran disgusto y siempre protestando.»

Los embajadores del duque de Saboya gozaban del privilegio de ser tratados en muchas cortes por sus colegas de Francia con los honores debidos á representantes de personas reales, privilegio que aún no les había sido reconocido en Roma cuando fué enviado allí el duque de Crequi; éste recibió la orden de tratar al embajador de Saboya como á los demás príncipes, no dándole la mano en su casa, «no tocando la campana cuando fuese por él visitado.» Y debió comprender el rey que ese trato sería desagradable al duque de Saboya, desde el momento en que le comunicó la determinación tomada á fin de que pudiera retirar su embajador de Roma antes de la llegada del Sr. Crequi.

En la corte de Turín, la embajadora de Francia, hasta la muerte de la madre y de la primera esposa de Carlos Manuel II, se había contentado con el honor del taburete, lo que se explicaba porque siendo la madre, Cristina de Francia, hermana de Luis XIII y por ende hija de rey, y la primera esposa, Francisca, hija de Gastón de Orleans y, por consiguiente, nieta de rey, nunca podía estimarse «excesivo el honor» que á una y á otra tributasen los embajadores franceses. Pero la duquesa Cristina murió en 1663 y la duquesa Francisca al año siguiente, y en 1665 Carlos Manuel se casó con María Saboya de Nemours que no era de sangre real; entonces el embajador de Francia hizo saber que, «habiendo cambiado las cosas, era justo que la duquesa diese un sillón á la embajadora.» Admiróse el duque de tal pretensión, porque entendía «que el honor dispensado á su madre, no era sólo por la dinastía de la cual había salido, sino también por la en que había entrado,» es decir, que la casa de Saboya algo significaba en Saboya. La corte de Francia insistió, resistióse la de Saboya, y al fin se transigió el asunto, conviniendo en que la embajadora tendría derecho á silla con respaldo, y quedando la duquesa «muy ofendida.»

Los genoveses eran una potencia decaída, pero recordaban su pasada grandeza y habían imaginado un medio para procurarse en el Louvre honores que no les eran debidos; este medio consistía en que su embajador pidiese audiencia para el mismo día que un embajador de rey y se arreglase de modo que entrara en el castillo inmediatamente después que su colega, con lo cual parecía que la guardia y el tambor le saludaban á él también. Pero el rey prohibió que tal cosa se hiciese y de esta suerte hizo abortar el propósito de los genoveses de usurpar en su corte el tratamiento real.

Desde la «altura» en que se hallaba, contemplaba el rey de Francia la jerarquía descendente de los reyes, de los príncipes reinantes, de los electores, de los grandes duques y de los duques, y parecía presidir una corte de monarcas como presidía la suya, siendo el ordenador de la cristiandad. Por lo demás, razón tenía para considerarse superior á todos los príncipes y á todos los reyes; en efecto, ¿qué era á su lado el emperador, viejo

á los veinte años, de semblante triste, músico melancólico, inteligencia mediocre y ánimo débil?, y aquel rey de España, enfermo, padre de moribundos, ídolo de cuyos labios no salían más que monosílabos?, y aquel rey de Inglaterra que se vendía ó alquilaba? Y si las personas de éstos no podían compararse con su persona, tampoco sus Estados podían ser comparados con los suyos: él tenía dinero abundante y los demás no, y el que tiene dinero es el amo del mundo. «Poniendo en una balanza, escribía á un embajador, el reino más grande que se quisiera comprar, pondría, sin embargo, en otra tanto dinero que ésta fuese capaz, no sólo de contrabalancear, sino también de vencer el peso con ventaja.» En ninguna parte veía á nadie que pudiera detenerle si algún día se decidía á ponerse en marcha; desconocía las fuerzas morales que entrañaban Holanda é Inglaterra y admitía errores enormes como el de creer, porque así le convenía, que Inglaterra pudiese volver á la religión romana. Tal vez si los trastornos ocurridos durante su menor edad hubiesen sido más serios, hijos de causas más profundas, habría aprendido á reconocer, respetar y temer esa clase de potencias; pero no había tenido que habérselas más que con la Fronza, intriga de escasa importancia que había acabado prosternándose todos á sus pies. Vencedor de sus súbditos como de sus enemigos, feliz, soberbio, creyóse nacido para demostrar, como él mismo dijo, que había «aún en el mundo un rey.» Un día reveló el convencimiento que tenía de ser un gran actor en el escenario de la humanidad con esta frase: «No basta poseer una corona; es preciso saber llevarla.» Era capaz de resolverse á una acción pensando en la nobleza del gesto que la acompañara; así refiere que en 1667, cuando estaba en guerra con los ingleses y á punto de estarlo con los españoles, resolvió enviar al través de Alemania un ejército mandado por Condé, á quien quería hacer elegir rey de Polonia, y después de haber expuesto las razones que á ello le indujeron, terminó diciendo: «Pero, en honor de la verdad, la consideración que más me halagaba era que raras veces se presenta la ocasión de regalar una corona y asegurarla á Francia.»

Así pues, en vano se mostrará Luis XIV prudente y precavido, procurará no empeñar partida alguna sin contar previamente con los triunfos necesarios, será un político tan pérfido como los demás y sabrá mentir casi siempre con soberbio acento de autoridad; más poderosos que su prudencia y su perfidia serán su amor á la gloria y su orgullo por figurar. Y desde el primer momento advertirá á Europa que la política de Francia, hábil y moderada hasta entonces, se ha hecho temible para todos y que al peligro de la dominación española ha sucedido el peligro de la dominación francesa.

CAPÍTULO II

LA FUERZA MILITAR

I. El ejército. — II. La marina

I. — El ejército (1)

El rey de Francia, á pesar de guerrear casi continuamente desde hacía siglos, carecía de un ejército organi-

(1) FUENTES: Briquet, *Code militaire*, París, 1728, 3 vol. *Mémoires du Conseil de 1661*, *Oeuvres de Louis XIV*, *Mémoi-*

zados. Las únicas tropas permanentes eran la «Casa del Rey» y los «Gendarmes» y algunos regimientos de infantería. La venalidad se había introducido en los cargos militares y los coroneles y capitanes compraban y vendían sus patentes. En tiempo de guerra, cuando las tropas regulares no eran suficientes, el rey expedía comisiones de capitanes y coroneles. Los oficiales reclutaban, por el sistema de enganche, compañías que eran agrupadas en regimientos, y mediante una prima por cada recluta y un sueldo, que pagaba el rey, equipaban y mantenían á sus hombres; una vez hecha la paz, los regimientos de más, formados de esta suerte, eran licenciados, y aun en tiempo de guerra, cada invierno, mientras se suspendían las operaciones, las tropas se desbandaban. Durante el invierno de 1654, Turena habría querido que cada capitán conservase á lo menos una veintena de hombres, pero no pudo conseguirlo.

Los coroneles y los capitanes tomaban la guerra como una especulación, arrendándola, como los asentistas arrendaban los arbitrios, y muchos de ellos sacaban del capital el mejor partido que podían, explotando al rey y al soldado. Reclutaban á precios reducidos niños y enfermos; defraudaban sobre la cifra del efectivo, poniendo en filas, y para ocultar la mentira, en los días de revista, soldados fingidos, y defraudaban también en la alimentación y manutención del soldado. Estos abusos á nadie asombraban, y aun el mismo Mazarino los había estimulado, pidiendo á los generales que economizasen sobre la soldada en provecho del tesoro: «De todo corazón os ruego, escribía á Turena en 1649, que ahorréis todo cuanto podáis en la cantidad y en el tiempo de los pagos.» Del mismo modo hacía la vista gorda en el asunto de los soldados de ocasión: «El señor cardenal, escribía en 1668 el mariscal de Bellefonds á Louvois, de tal manera ha autoriza-

res de Luis XIV pour l'instruction du Dauphin, citadas en la pág. 255. *Lettres de Turena*, publicadas por Grimoard, París, 1782, 2 vol. *Correspondance inédite de Turena avec Mr. Le Tellier et Louvois*, publicada por Barthélemy, París, 1873. *Le Relazioni degli stati Europei lette al senato dagli ambasciatori veneziani al secolo XVII*, serie Francia, vol. III, pub. por Barozzi y Berchet, Venecia, 1865. Spanheim, *Relation de la cour de France en 1690*, ed. Bourgeois, en los «Annales de l'Université de Lyon,» 1900. Todas las memorias de la época, especialmente las de TURENA, del mariscal de GRAMONT, del conde de GUICHE, en la colección Michaud y Poujoulat; de COLIGNY-SALIGNY y de SAINT-HILAIRE, pub. por la «Société de l'Hist. de France;» de SAINT-SIMON, ed. de Boislisle (colección de los «Grands Ecrivains.»)

OBRRAS: El P. Daniel, *Histoire de la milice française*, París, 1721, 2 vol. Pinard, *Chronologie historique militaire*, París, 1760-68, 8 vol. (índice de esa obra por Lecestre en «Le biographe moderne;» 1903-04). Le Pippre de Neufville, *Abrégé chronologique et historique... de la maison du roi*, Lieja, 1734-5, 3 vol. La introducción á las *Oeuvres de Louis XIV*, citadas anteriormente, por Grimoard. Audouin, *Histoire de l'administration de la guerre*, París, 1811, 4 vol. André, *Michel Le Tellier et l'organisation de l'armée monarchique*, París, 1906. Rousset, *Histoire de Louvois*, 7.^a ed., 4 vol., París, 1866. Roy, *Turena, sa vie, les institutions militaires de son temps*, 2.^a ed., París, 1896. Suzanne, *Histoire de l'infanterie française*, París, 1876, 5 vol.; del mismo autor, *Histoire de la cavalerie*, París, 1874, 3 vol., é *Histoire de l'artillerie*, París, 1874. Favé, *Etudes sur le passé et l'avenir de l'artillerie*, París, 1846-72, 6 vol. Fieffé, *Histoire des troupes étrangères au service de la France*, París, 1854, 2 vol. Augoyat, *Aperçu historique sur les fortifications et les ingénieurs*, París, 1858. Bourelly, *Le maréchal Favert*, París 1881, 2 vol. Michel, *Histoire de Vauban*, París, 1866.

do esos abusos, que os costará gran trabajo restablecer el orden de las cosas.»

El soldado, obligado á vivir sobre el país, era un compatriota tan duro como el enemigo: cuando estaba en filas, saqueaba legalmente; cuando desertaba ó era licenciado, se hacía bandolero. El oficial, comisionado para una guerra y licenciado una vez terminada ésta, aceptaba de muy mal grado el espíritu de disciplina. Además, el mando supremo estaba mal organizado, pues los cargos de coronel general de infantería, de coronel general de caballería y de gran maestre de artillería daban á los que los desempeñaban una autoridad que interceptaba, ó por lo menos estorbaba, á la autoridad del rey.

No había administración de la guerra regularmente constituida, es decir, servicio metódico de municiones, de víveres y de hospitales; el armamento y la táctica eran anticuados de un siglo; la infantería estaba descuidada, pues seguía considerándose la caballería como arma noble; la artillería y la ingeniería constituían servicios aparte que á veces dirigían particulares, y la fortificación hallábase, á la muerte del Cardenal, destrozada en todas partes (1).

La creación del ejército monárquico fué obra de tres hombres, Le Tellier (2), su hijo el marqués de Louvois y el rey.

Le Tellier fué el iniciador. Intendente del ejército del Piamonte en 1640, había visto de cerca el desorden militar, y cuando en 1643 fué secretario de Estado de la guerra, dedicóse á remediarlo, todo lo que podía remediarse un desorden durante el gobierno de Mazarino, redactando ó reproduciendo buenos reglamentos militares y poniendo en práctica la reforma en todas sus partes. En diciembre de 1653 obtuvo la supervivencia de su cargo para Louvois, que iba á cumplir diez y siete años, y al casarse éste en 1662, el rey le dió permiso para firmar como secretario de Estado; pero Le Tellier, que continuó en sus funciones hasta 1677, conservó la suprema dirección del servicio, por lo menos hasta la paz de Aquisgrán, en 1668, y aun durante la guerra de Holanda ayudó á su hijo. En este capítulo de la reforma militar habría que decir casi siempre, en vez de Louvois solo, Le Tellier y Louvois.

Louvois, según dice Saint-Simón, no tenía «la capacidad, la energía y la paciencia que se requieren para estar al frente de los negocios;» fué un profesional de limitados alcances, que demostró ser una medianía siempre que se salió de su oficio de administrador de guerra, y aun como tal no tuvo genio de inventor sino que, por el contrario, vacilaba ante las novedades. Pero fué amante del «orden» y de la «regla,» como los artistas, los escritores y los hombres de Estado de su época; pedía «discursos claros» á aquellos á quienes consultaba y sabía distribuir una materia en sus partes componentes y conservar, en la atención de los pormenores, la visión del conjunto. Del mismo modo que sabía repartir metódicamente el trabajo entre agentes bien escogidos, veía, al par que la cosa que había que hacer, cómo, cuándo, en cuánto tiempo y por quién debía hacerse. Nadie más apto que él así para organizar grandes ser-

(1) Véase, acerca del ejército en tiempo de Luis XIII, el tomo III, págs. 779-784.

(2) Véase pág. 61.

vicios como para disponer una empresa sorprendente, y prodigiosamente activo y vigilante, verdugo del trabajo como Colbert, traía inquietos á sus subordinados. Por lo demás, era un mal hombre, obsequioso con quien podía servirle ó perjudicarle, y altanero, brusco, «brutal» con los demás, lo que á menudo disgustó al rey, tan atento y cuyas órdenes parecían mercedes. Louvois prefirió siempre, á la menor disminución de la confianza de que gozaba cerca del monarca, las peores calamidades públicas, tales como la guerra y la persecución religiosa.

El rey entendía en asuntos militares casi tanto como su ministro; se informaba minuciosamente, tomaba notas, reflexionaba y escribía de su puño y letra memorias y estados.

«Quería saber con exactitud, escribía, todos los pormenores de cuanto afectaba á mis tropas; de mi puño y letra redactaba memorias en las que cuidaba de inscribir día por día los alojamientos y el número de aquéllas á fin de saber de una manera más cierta cuánto tiempo y qué provisiones necesitaría para concentrarlas... Mentalmente hacía diversas distribuciones de mis fuerzas á fin de utilizar las unas ó las otras, según las empresas que acometiese, sin tener que recurrir para esto á otro ministerio que el de uno de mis secretarios de Estado y aun sólo para la expedición de las órdenes.»

En aquel mismo año 1669, escribía á Turena: «Lo tengo todo en mi cabeza.» Y era verdad.

La obra de aquellos tres hombres fué grande é imperfecta. Los defectos eran demasiado grandes y dependían demasiado de la constitución del Estado y de la sociedad para que una reforma fundamental fuese posible.

La venalidad no fué abolida, como no lo fué en los servicios civiles y por las mismas razones. Reembolsar á los propietarios de grados y encargarse de la recluta, del equipo, del armamento y de la manutención del ejército, habría sido una revolución grande y muy costosa; por esto no se hizo más que atenuar los mayores vicios. Por debajo del capitán estaban el teniente, el subteniente, grado creado en la infantería en 1669 y suprimido diez años después, y el abanderado, y estos grados fueron conferidos por el rey gratuitamente; por encima, había el mayor y el teniente coronel, nombrados también por el rey, y se admitió que un oficial pasase á mayor sin haber sido capitán, es decir, sin haberse visto obligado á comprar una compañía. Sobre el coronel estaba el brigadier, grado instituido en 1667 para el mando de dos regimientos, y se admitió el pase de un oficial á brigadier, sin haber sido coronel, es decir, sin haber tenido que comprar un regimiento. Y el brigadier podía luego ascender al mariscalato, al que llegaron por estos medios dos oficiales pobres, Vaubán y Catinat.

Pero la venalidad, mantenida en cuanto á los empleos de capitán y de coronel, continuó dejando sentir su acción perniciosa; así, cuando el mariscal de Luxemburgo propuso en 1676 al señor de Girouville para coronel de un regimiento, Louvois respondió:

«Véome precisado á hacer observar á S. M. que, aunque sea un oficial excelente, la pérdida del regimiento será segura si S. M. no pone al frente del mismo á un hombre de calidad capaz de gastarse en él su dinero. Por más que el marqués de Nangis no tenga mucha ex-

perencia, tiene, en cambio, veinte mil escudos de renta y quizás Su Majestad juzgue á propósito hacerle ingresar en la infantería dándole ese regimiento.»

También era necesario ser rico para hacerse capitán. Vaubán escribe á Louvois en 1675:

«Tengo un primo, un pobre diablo, teniente del regimiento de caballería de Nonán, oficial bueno y veterano, que sería capitán hace tiempo, si hubiese poseído

«Es preciso demostrar, decía Louvois..., que el que roba á Vuestra Majestad no queda en paz dejando de robar ó quedando destituido.» Esto no obstante siguió robándose. «Mientras el rey pagaba perfectamente, los oficiales retenían el dinero y contestaban á las reclamaciones de los soldados apaleándolos,» escribía Louvois en 1677. Retenciones arbitrarias de pagas y despojo de vestidos y zapatos á los soldados que han de ir por las



El mariscal Turena. Facsímile reducido de un grabado de Antonio Massón (1636-1700)

el secreto de metamorfosear malas compañías en compañías bonisimas sin arruinarse.»

Era para los oficiales una gran tentación y, siendo pobres, hasta una necesidad «untarse las manos con los hombres de guerra; así es que, á pesar de la frecuencia y de la exactitud de las revistas, subsistió la costumbre de los soldados supuestos ó pasavolantes. Racine refiere que Luis XIV, que pasaba las revistas como nadie, «reconoció en el regimiento de Hautefeuille á un pasavolante que era ayuda de cámara del señor de Hautefeuille y lo reconoció por los zapatos, que había usado su amo.» Dictáronse multitud de ordenanzas contra los infelices que vivían de ese tráfico, señalándose penas más severas, como los azotes, la marca de hierro candente en el rostro, la mutilación de la nariz y la muerte, y expulsándose del ejército ó aplicándose castigos aún mayores á los oficiales que se servían de pasavolantes.

calles descalzos, son hechos que se reproducen en todos los ejércitos del rey. En 1678, el barón de Quincy, que mandaba la caballería de las plazas de Hainaut, escribe á Louvois: «Da lástima verla tan destrozada, y ante toda Francia sostendré que todo lo que de ella he visto en Saint-Guillain no puede calificarse de jinetes, sino de miserables mendigos sin armas, sin botas, sin vestidos, montados en caballos enteramente estropeados.» Y añade que la razón de esa miseria es que los oficiales del rey se entregan á una execrable rapiña de su dinero para jugarse «puñados de pistolas.» En la administración de Louvois, como en la de Colbert, medió gran distancia entre las intenciones del ministro y los resultados que obtuvo; pero, como los Colbert, sus esfuerzos no fueron del todo inútiles, pues, en comparación con el pasado y aun con los ejércitos extranjeros, pudo el rey ser alabado por «la regularidad de sus pagos,» «del pago exacto

de las soldadas,» como escriben el embajador veneciano Giustiniani en 1676, y Spanheim, ministro de Brandeburgo, en 1690.

Ninguna modificación se introdujo en el sistema de reclutamiento, y aunque se quiso resucitar la obligación feudal del servicio, que habría podido llegar a ser una obligación para con el rey y la nación, y se convocó a todos los vasallos durante la guerra de Holanda, el resultado de aquel ensayo fué deplorable (1). Ya muy entrado el reinado, en los últimos años de Louvois, un reglamento de 1688 organizó las milicias provinciales: cada aldea de cierta importancia proporcionaría un hombre; los milicianos designados se ejercitarían en el manejo de las armas los domingos y se agruparían por compañías de cincuenta hombres; los oficiales serían escogidos entre los hidalgos de la comarca; en tiempo de paz, cada parroquia suministraría la paga y el equipo de su hombre y a los oficiales les pagarían todos los contribuyentes pechables de la generalidad, y en tiempo de guerra el entretenimiento de las milicias correría a cargo del rey. De esta manera vislumbróse una vez más la idea de un ejército nacional, enteramente distinto del otro, sin venalidad, sin extranjeros en el que el servicio habría sido un deber público y la nobleza rural habría encontrado una función social. En el primer ensayo, las milicias dieron veinticinco mil hombres, y como entre éstos había muchos antiguos soldados y entre los hidalgos algunos antiguos oficiales, resultaron unas tropas buenas. Pero la milicia no era para el gobierno más que un expediente y un complemento, y el rey y sus ministros habrían rechazado la idea de la nación armada, si se les hubiese ocurrido. Después de Louvois, nuevas exigencias de toda clase hicieron de la milicia una vejación más sobre las muchas que ya existían.

El reclutamiento siguió practicándose por el sistema antiguo que hallamos definido, por ejemplo, en una instrucción dada en 1660 a los comisarios de las guerras, encargados de reclutar dos mil infantes en el gobierno de París: «Dichos señores comisarios mandarán publicar la ordenanza que se pone en sus manos para obligar a los desertores, a los vagabundos, a las gentes sin hogar ni vocación, aptos para el servicio de las armas, a alistarse en la expresada leva.» Al mismo tiempo, mandarán «tocar llamada para alistar a todos los que se presenten hasta el número de dos mil.»

Los voluntarios acudían en gran número al toque de llamada de los reclutadores. El marqués de Sourches decía, a propósito de una leva fructuosa y rápida, que «de todos los reinos del mundo, no hay ninguno en donde los pueblos se afanen por servir al rey como en Francia;» y Spanheim y otros atribuían ese afán al carácter francés, inquieto, dado a las novedades y «no falto de valor,» y al mismo tiempo «a la frecuencia y a la miseria misma de los pueblos, que se ven reducidos, por la exacción de los pechos y de las gabelas..., a dejarse alistar para salir de sus miserias y encontrar de qué subsistir.» Parece, sin embargo, que ni las levas de «gentes sin casa ni hogar» ni los alistamientos de voluntarios bastaron nunca a dar los efectivos, que fueron aumentando de día en día. Los reclutadores empleaban la astucia ó la fuerza; la astucia consistía en prometer a

(1) Véase pág. 161.

los reclutas el oro y el moro, y Louvois la perdonaba: «Su Majestad, decía, aprueba que se disimulen los engaños de poca monta para reclutar soldados.» En cambio, desaprobaba las violencias, pero jamás pudo impedir las, esto suponiendo que lo quisiera de veras (2). En 1690 se queja al teniente de policía de que se cometan «diariamente para llevar a cabo los alistamientos de París,» y dice que los reclutadores «se apoderan de los hombres que pasan por la calle, los meten en coches y los llevan a casas apartadas, en donde á fuerza de pegarles y de amedrentarlos les obligan á firmar los compromisos.» Entonces Francia estaba en plena guerra contra Europa y necesitaba hombres á toda costa; pero una vez la guerra terminada, Vaubán, en 1697, expondrá en una memoria al rey los terribles efectos del sistema de los alistamientos:

«Casi todos los alistamientos han llegado á ser fraudulentos y forzados. Considérese, pues, qué clase de tropas ha debido producir esto y qué fidelidad debe esperarse de soldados recogidos de todas especies que no sienten más que el pesar de verse obligados á ejercer un oficio para el cual no tienen ninguna disposición. Las coacciones, unidas á la mezquindad de la paga, han dado lugar á tantas deserciones en el transcurso de esa última guerra y causado tantos desórdenes en los pueblos rurales á consecuencia del raptó frecuente de los hombres más en estado de mantener á sus familias y de hacerlas subsistir con el trabajo de sus manos; y como esto ha puesto á infinidad de mujeres y de niños en situación de no encontrar ya de qué vivir, muchos han muerto de hambre y de miseria, y muchos otros se han visto obligados á mendigar por haber sido privados de aquellos que podían atender á su subsistencia. Y ello también ha sido causa de la pérdida de una parte considerable de los mejores súbditos del reino, que se han ido al extranjero.»

La deserción era una cosa corriente entre infelices á quienes se había llevado por la violencia al servicio y á quienes con frecuencia se retenía mucho más tiempo del que exigía su compromiso. El abuso de la deserción, dice una ordenanza de 1666, «está tan arraigado entre las tropas del rey, que son pocos en la actualidad los soldados de Su Majestad que no hayan incurrido en ese crimen.» Louvois comunicaba, en una ocasión, á Luxemburgo, durante la guerra de Holanda, que habían pasado por Nimega más de dos mil desertores franceses; y en 1677, en Sicilia, el mariscal Vivonne, después de revistar sus tropas, comprueba que de seis mil novecientos hombres han desertado cuatro mil ciento cincuenta.

Luis XIV recurrió mucho más que sus antecesores al reclutamiento en el extranjero. Esta operación se practicaba de varios modos, bien enviando á tal ó cual país enganchadores encargados de traer hombres que luego eran distribuidos en los regimientos, bien pidiendo á algún Estado que proporcionase un determinado contingente. Suiza, desde hacía tiempo, alquilaba tropas al rey de Francia en virtud de tratados que se renovaban periódicamente y á los cuales se añadían, cuando convenía, pactos excepcionales. Sucedia también que algún príncipe extranjero ofreciese soldados:

(2) Véase pag. 145.

«El rey de la Gran Bretaña, escribe Louvois á Turena en 1673, ha regalado últimamente al rey mil quinientos ingleses y mil quinientos escoceses en dos regimientos..., movido por el deseo, dice, de mostrar á todo el mundo la parte íntima que toma en los intereses de Su Majestad.»

Las más de las veces, esa cooperación de los extranjeros se obtenía mediante grandes subsidios ó por la fuerza; así, cuando el duque de Lorena, que había prestado sus tropas para la campaña de 1667 de Flandes, quiso recuperarlas después de terminada la guerra, «le hice hablar de tal manera, escribe el rey en sus *Memoirs*, que se vió obligado á desistir de su pretensión y á dejarme sus soldados todo el tiempo que yo quisiera.» En marzo de 1671 Louvois quiere obtener del duque de Saboya una compañía de gendarmes, un regimiento de caballería y otro de infantería, y como la cosa más natural del mundo expone al duque que el rey, temeroso «de disminuir el número de sus súbditos que son necesarios en las provincias para cultivar la tierra,» ha resuelto emplear soldados extranjeros, y en su consecuencia tiene la intención de dar al príncipe, hijo del duque, «no sólo... una compañía de gendarmes, sino, además, un regimiento de caballería y otro de infantería, cosa que aquí no tienen más que los hijos de Francia y Monsieur.» Pero esa gran merced era en extremo onerosa, porque se sobreentendía que el príncipe traería la compañía y los regimientos de los cuales sería respectivamente capitán y coronel; de aquí que el duque de Saboya se excusara de aceptarla, diciendo que ni para él mismo tenía bastantes soldados, mas al fin hubo de acceder y aun al año siguiente Louvois le sacó tres regimientos más. Desde entonces Saboya será una especie de circunscripción militar francesa hasta 1690, en que el duque reñirá con el rey. En 1673 Luis XIV pidió á los genoveses, dueños de Córcega, que reclutaran un regimiento para él en aquella isla, y aunque al principio se negaron, hubieron de ceder después que fueron apresadas algunas de sus galeras: «Es menester que sean obedientes en lo sucesivo, escribe Louvois, y que sepan que no es bueno negar al rey lo que les pide ni portarse tan mal como se han portado respecto de las levas que el rey ha deseado de ellos.»

A esos cuerpos compuestos de soldados de una sola nación habría que añadir los individuos de todos los países reclutados aisladamente. El efectivo de los extranjeros en las tropas francesas era muy considerable, y á este propósito refiere Dangeau que habiendo el nuncio, en 1693, felicitado al rey por una victoria alcanzada en Flandes, replicóle Luis XIV: «Creo, señor, que en adelante no les agrada á los enemigos verse enfrente de un ejército de franceses; pero hago mal en decir un ejército de franceses cuando debe decirse un ejército de Francia, ya que el mío componíase de varias naciones, todas las cuales se han portado perfectamente.»

El doble reclutamiento, en Francia y en el extranjero, dió por resultado ejércitos enormes. En 1667, para la guerra de Flandes, el rey sólo dispone de setenta y cinco mil hombres, de los que únicamente treinta y cinco mil están en campaña; en cambio, en 2 de febrero de 1672, Louvois le muestra el estado del

ejército que va á tomar parte en la guerra y que es de ciento veinte mil hombres. En 1.º de enero de 1678 será de doscientos setenta y nueve mil.

Al frente del ejército figuraba la «Casa del Rey» que contaba unos tres mil caballos, entre guardias de corps, soldados de la guardia del rey, caballería ligera de la guardia del rey y mosqueteros (1), y que el rey quiso que sirviese de modelo. Sus mosqueteros cargaban delante de la caballería y en los asedios descabalgaban para marchar á la cabeza de las columnas de asalto. Después de la Casa venían la «gendarmería,» compuesta de algunas compañías, y los regimientos de infantería escogidos, es decir, los guardias franceses, los guardias suizos y los «antiguos» regimientos, el último de los cuales fué el regimiento del Rey, formado en 1662 para dar ejemplo de unas tropas bien entretenidas (2). Por debajo de la Casa del Rey y de las tropas escogidas estaban clasificados los regimientos de caballería y de infantería (3).

Para el mando de los ejércitos creóse poco á poco una jerarquía regular que los puso á todos en manos del rey (4). Esa jerarquía arrancaba del abanderado y terminaba en el teniente general, pasando por el teniente, el capitán, el mayor, el teniente coronel, el coronel, el brigadier y el mariscal de campo. El mariscalato de Francia era una dignidad. Turena fué elevado por encima de los demás mariscales por el título de mariscal general y por encima de él mandaron el príncipe de Condé, Monsieur y el rey. Entre oficiales del mismo grado, la antigüedad, comprobada por el «orden del cuadro,» dió la superioridad. Una ordenanza de 1661 dispone que «cuando haya en una plaza varios capitanes y los oficiales superiores estén ausentes, mandará en aquélla el capitán de infantería más antiguo del más antiguo de los regimientos que la guarnezcan;» y un reglamento de 1665 asegura la autoridad de los tenientes coroneles, quienes, «en ausencia de los coroneles,

(1) La «Casa» fué modificada varias veces. Véanse los sucesivos *Estados de Francia* indicados en la pág. 65.

(2) El orden de los regimientos está determinado del modo siguiente en una ordenanza de 1670: Guardias franceses, Guardias suizas, Picardía, Piamonte, Champaña, Navarra, Normandía, la Marina, Rambure, Castelnau, Auvernia, Sault, Bandeville, Saint-Vallier, Douglas, del Rey. Véase Spanheim, *Relation...*, ed. Bourgeois, pág. 501-514, y las notas.

(3) En 1672 el regimiento de los guardias franceses y el de los guardias suizos presentan en conjunto un efectivo de cinco mil infantes; los guardias de corps, los mosqueteros y las diversas compañías de gendarmes y de caballería ligera de la Casa del Rey forman un cuerpo de dos mil novecientos cincuenta jinetes. El ejército propiamente dicho se compone de cuarenta y seis regimientos de infantería francesa, que comprenden, en junto, algo más de cincuenta y seis mil hombres; de doce regimientos de infantería extranjera, de un efectivo algo mayor que el de los regimientos franceses, y que dan un total casi de treinta mil hombres; y de setenta y ocho regimientos de caballería francesa y de nueve de caballería extranjera que presentan en línea de batalla más de veinticinco mil caballos.

(4) De todos los grandes cargos antiguos el único que se abolió fué el de coronel general de la infantería, que desapareció á la muerte del duque de Epernon, en 1662. El cargo de coronel general de la caballería, que pertenecía á Turena, fué respetado, lo mismo que el de gran maestre de la artillería. Creóse un cargo de coronel general de los dragones para conferirlo al duque de Lauzún. Pero esos cargos se acomodaron á las nuevas condiciones del ejército.